

ELEGIA

Todas, todas las tardes con tu libro en la mano
me esperas en el banco del alegre paseo,
donde gritan los niños, hablan bajo los novios
y solos y en silencio toman el sol los viejos.

¿Dónde está nuestra infancia, patrimonio florido,
nube color de rosa porque el sol la ilumina,
y nuestra juventud de bellas ilusiones?

¡Oh dulces, adoradas ilusiones perdidas!

Todo pasa y no vuelve, y nosotros seguimos
nuestra ruta en el mundo camino de lo eterno.

¡Cuántas veces al tiempo le decimos: «¡Espera!»
y el tiempo insobornable nos responde: «¡No puedo!»

De nuestro largo viaje ya en su postrer jornada
unidos como siempre, bien pronto hemos de entrar.

Nuestros hijos crecieron: «Los niños ya son hombres»
te digo y se sonríe mi orgullo maternal.

Con tu libro en la mano como todas las tardes
espérame en el banco del florido paseo
donde gritan los niños, hablan bajo los novios
y solos y en silencio toman el sol los viejos.

¡Qué pena da pensar que ha de llegar el día,
ese día terrible tan cierto y tan temido,
que inútilmente esperes que yo acuda a tu lado
o que salga y me encuentre sólo el banco vacío.

ELADIA MONTESINO

HACIA UNA ESPIRITUALIZACIÓN DEL PUEBLO EXTREMEÑO

LA conciencia colectiva de un pueblo sigue generalmente caminos de intranscendencia que abocan a un desinterés por esos problemas que no mereciendo la atención de todos sí la tiene para los espíritus elevados. Que la masa como tal agrupación de individuos no piensa, es un hecho archi-demostrado y en esto fundamentan muchos la existencia de una minoría selecta rectora de los destinos de un pueblo considerando a éste como unidad en el ámbito de lo que se llama el «mundo».

Nosotros consideramos que el individuo por poseer una mente está más o menos capacitado para pensar: cuanto más formada esté esa mente o mejor dicho cuanto mejor preparada esté la inteligencia de ese ser para pensar, tanto mejor podrá tener conciencia de un hecho o de un problema que debiendo preocupar no preocupa. Aún más, si realmente existe lo que pensamos que puede y debe ser, una existencia humanizada y al decir humanizada queremos significar relaciones sociales, vida en comunidad; esta comunidad forzosamente, innatamente, ha de tender a una conciencia más perfeccionada y esta perfección da lugar a que existan preocupaciones por algo que realmente no se tiene en cuenta.

Decía Goethe que la cultura es la capacidad de juicio que posee el que la ha conseguido y en este orden de ideas es necesario decir que muchas veces no existe ni siquiera la preocupación de enjuiciar o a lo más se enjuician cosas banales que solamente afectan al cotidiano vivir.

Las generaciones muchas veces sólo se preocupan de la comodidad de su existencia pero con un concepto de ésta tan superficial que su paso no deja la menor huella; diríamos más, ni se preocupan en ocasiones de enjuiciar a las pasadas, siendo así que unas a otras se benefician o se perjudican. Es que la ética de una generación no siempre tiene el suficiente valor bueno o malo que debe tener para las venideras, porque tal vez ese enjuiciamiento de las colectividades crea unas obligaciones que no se pueden o no se saben cumplir.

Quizá una de las causas de las inconsciencias de la generación actual sea que la lucha por la existencia es más tenaz, más nerviosa, más impaciente y esto da lugar a que ni siquiera se creen ideas o si éstas surgen se digieran rápidamente. Hay una conciencia del pasado y maravillosa para nuestra Patria, y en cierto modo muy atractiva para Extremadura, que ni se mira o se hace banalmente. Es que realmente es un problema de cultura y de cultura extremeña la causa de este no despertar del pueblo extremeño; diríamos mal si no dijéramos despertar, alguna vez, muy pocas, estuvo en pie.

El espíritu necesita ser educado como lo es el cuerpo. Esta educación del espíritu, esta predisposición suya para abordar ideas, problemas, proyectos, u otros entes que son de muy diverso cariz es posiblemente de lo que está muy falto el pueblo extremeño. Y

conste que al exponer estos argumentos no nos referimos exclusivamente a las clases privilegiadas, no, lo hacemos refiriéndonos taxativamente a todas las clases sociales que conviven bajo el mismo cielo de Extremadura. Bien es verdad que hay un gran sector de este pueblo que vive en condiciones casi miserables y no es posible para ellos el despertar a una vida más ennoblecida por bellos pensamientos. Pero concretamente la clase labradora puede y debe ser elevada a un plano de más espiritual convivencia.

Hay algo que entre otras muchas cosas caracteriza al individuo extremeño e influye sobremanera en su modo de ser, de vivir y de pensar; es la apatía, la dejadez para esas empresas que salen de su pequeña órbita de la existencia material. Este hecho es por demás tan real que no puede dejar de tenerse en cuenta.

Como en otros muchos pueblos del ámbito peninsular la causa de este abandono radica en el delgado barniz (a veces ni existe) de cultura y de cristianismo. No aludimos, ni siquiera, al tópico tan explotado de materialismo egoísta, porque éste existiendo efectivamente es consecuencia directa de otros hechos que apuntamos más atrás. Es que se reduce cada vez más el campo de las ilusiones heroicas, porque no catalogamos como ilusión el ir almacenando día tras día más dinero y más tierras.

No creemos que sea misión de ningún apóstol de Extremadura la redención de este pueblo. En sí dada la densidad de población extremeña y la riqueza de la tierra la vida no es difícil, y cuando existen problemas acuciantes, el ingenio humano entra en funciones. Para nuestros ideales este factor juega un gran papel, pero no es decisivo, casi diríamos es un aliciente para esta empresa que quizás más de uno juzgará quijotesta, romántica y hasta les hará creer que nuestros sentimientos no están acordes con esta época de tan febril actividad económica.

Hay varias etapas en el proceso de la evolución del pensamiento que quiere dirigirse a más altos ideales. Pero es creencia muy común el ver éstos casi exclusivo de espíritus selectos que son espejos de la humanidad; hay cierta verdad en ello pero no completa. Muchas otras mentes sienten esos mismos deseos, esas ansias de una vida que tienda a mejores y más bellas cosas que la existencia inmediata que un hombre concibe, pero por causas diversas, esos sentimientos no se exteriorizan, se mantienen dentro de la vida de los sueños, porque la dura realidad no permite exhibirlos. Los grandes pensadores son capaces de lanzar al mundo de las ideas esos pensamientos suyos y al tener esa valentía se destacan de los demás.

Diríamos que entra dentro del grave concepto del deber el elevarse sobre la materia que sustenta los cuerpos. Valoramos el deber como el ente más importante de cuantos se ponen en juego en una sociedad que día tras día vive, pero no se esfuerza en vivir mejor. Creemos el deber muy por encima de otros conceptos más vulgarizados, pero menos importantes. De él se derivan todas las demás cualidades necesarias que permitan la convivencia de los hombres. Pero precisamente por no ser el deber verdaderamente comprendi-

do, por no valorarle como se debe, por no hacerse cada uno responsable de las consecuencias que su incumplimiento acarrea, éstas se desvirtúan, se engendran odios, el malestar y la lucha callada presiden la vida de un pueblo.

Y hacemos este hincapié en el concepto del deber ya que es un poco obligado hacia la meta que nos proponemos. La realidad de cada día ha de ser entendida como lo menos intrascendente de cada uno si no es que su suma nos va a dar algo que se podrá analizar en conjunto. Cada cual tiene una tarea que cumplir que no es solamente el trabajo de cada día.

Una mente formada, por pobre que sea, es capaz de pensar y esta formación de esas mentes es la tarea inmediata que ha de llevarse a cabo.

Los medios de que se dispone o se puede disponer no son escasos; si los encaminásemos todos, nos encontraríamos con que son demasiados, empezando por la familia, la escuela el cine charlas divulgadas, conferencias al alcance de esa masa proletaria, actos de reflexión y de encauzamiento de esas tareas son los más simples hechos que se nos ofrecen a la vista. Claro es que a esta noble misión ha de coadyuvar el concepto del arte, de la historia, de la patria o de la humanidad, de la ciencia; en una palabra de todas las obras que la civilización encierra en sí.

Pero en esa empresa, eso sí, cada uno ha de cumplir con su deber; es condición «sine qua non» este hecho. Comprendemos que son necesarias pléyades de hombres dispuestos a la gran tarea, con desinterés; verdaderas élites con conciencia de sí mismas y de su obra. La labor no es de un día sino de muchos años, pero el tiempo no es factor importante cuando la obra lo merece.

Antes que esa tarea se ponga en práctica o coetánea de ella es necesario llevar a cabo una labor que es esencialmente social: dar a cada uno lo que le corresponde para una vida material decente; y lo decimos así, decente, por no decir humana, acorde con las necesidades más elementales compatibles con los más perentorios deberes materiales. Lo exponemos claramente, si es necesario que para esta obra desaparezcan las oligarquías latifundistas ello debe hacerse, pero con un sentido previsor y racional. No preconizamos ninguna revolución social; somos partidarios de que la evolución mejor que nada pueda dar la pauta de las soluciones más sensatas; no invocamos para nuestra obra ni el pasado histórico de este país ni su ética ancestral. Creemos que la cultura, madre del verdadero sentir más primordial y elemento más importante de la vida de los pueblos es el gran arma y la única capaz de realizar el cambio y la necesaria elevación espiritual de esta región.

La Naturaleza no se ha mostrado desagradecida con ella y este hecho es de una importancia transcendental para el magno devenir que presentimos. El odio trocándose en convivencia sincera, el sentido realista y ante todo un verdadero vivir cristiano, son jalones que deben presidir y subsistir para que cualquier empresa culmine en la verdad soñada.

ENRIQUE RAMÍREZ y RAMÍREZ